

## LXXIII.

CAÍDA DE CLARENDON.—TYRCONNEL LORD DIPUTADO.

En su caída arrastró consigo á Clarendon. El día 7 de enero de 1687 anunciaba la *Gaceta* al pñebl de Londres, que la dirección del Tesoro había sido encomendada á una comisión. Al día siguiente se recibió en Dublín un despacho en el que se indicaba oficialmente que de allí á un mes Tyrconnel se encargaría del gobierno de Irlanda. No sin gran dificultad había vencido éste los numerosos obstáculos que se oponían á la realización de sus ambiciosos planes. Era de todos bien conocido que el objeto principal, el fin último de sus aspiraciones, era la destrucción de la colonia inglesa en Irlanda. Tenía, pues, que vencer algunos escrúpulos que aun hacían vacilar al Monarca. Erale preciso dominar la oposición, no sólo de todos los protestantes del Gobierno y de los jefes más respetables de los católicos moderados, sino también de algunos individuos de la cábala jesuítica (1). Sunderland se asustaba á la idea de una revolución religiosa, política y social en Ir-

(1) Dice el Obispo Malony en una carta al Obispo Tyrrel: «A ningún inglés, aunque sea católico, se le ocurrirá nunca dar el menor paso, ni permitiría que el Rey lo diese en pro de vuestra restauración, antes al contrario, todos desean dejaros como hasta aquí, rendidos á los pies de vuestros enemigos. Y no hay un solo Inglés, católico ó protestante, sea cualquiera su clase ó condición, que no sacrificase toda Irlanda con tal de salvar la más insignificante hacienda suya en Inglaterra, y que no prefiriese ver habitada Irlanda por Ingleses de cualquier religión, á verla poblada de sus naturales hijos.»

landa. A la Reina inspiraba Tyrconnel especial antipatía, y así fué que Powis era el mencionado como más á propósito para virrey. Era de ilustre cuna, y á pesar de ser sincero católico, los protestantes ingenuos declaraban generalmente que era hombre honrado y buen inglés. Toda oposición, sin embargo, cedió ante la energía y habilidad de Tyrconnel. Amenazó, suplicó y sobornó infatigablemente. Gracias á la adulación, logró asegurarse la ayuda del P. Petre. Sunderland fué vencido juntamente con promesas y amenazas. Ofreciósele una suma inmensa por su asistencia, nada menos que una renta anual de cinco mil libras, que se pagarían del virreinato de Irlanda, ó en lugar de esto cincuenta mil libras pagadas de una vez. Si esta proposición era rechazada, Tyrconnel amenazaba con decir al Rey que el lord Presidente, en sus comidas de los viernes, había dicho que Su Majestad era un necio que siempre sería gobernado por una mujer ó por un cura. Sunderland, pálido y tembloroso, se ofreció á conseguir para Tyrconnel el mando militar supremo, enorme sueldo y todo cuanto quisiera, menos el virreinato; mas como Tyrconnel se negase á todo arreglo, Sunderland al cabo hubo de ceder. La misma María de Módena no pudo librarse de las sospechas de corrupción. Había en Londres un famoso collar de perlas, valuado en diez mil libras esterlinas, que había pertenecido al Príncipe Ruperto, el cual se lo había dejado á Margarita Hughes, cortesana que en los últimos años de la vida del Príncipe había ejercido absoluto imperio sobre él. Tyrconnel se alababa públicamente de haber comprado con este collar la influencia de la Reina. Algunos había, sin embargo, que tenían el cuento por una de las verdades de *Ricardito Talbot*, para los cuales no tenía más fundamento que las calumnias que veinti-



seis años antes había inventado para manchar la fama de Ana Hyde. En general, con los cortesanos católicos hablaba Tyrconnel de la poca seguridad de sus empleos, honores y beneficios. El Rey podía morir el día de mañana, dejándolos á merced de un Gobierno hostil y de un populacho que los aborrecía. Pero si la antigua fe llegaba á dominar en Irlanda, si la influencia protestante en aquel país se hacía desaparecer, podían contar, aun en el peor caso, con un asilo bien cercano donde podrían retirarse, y desde el cual podrían tratar ó defenderse con ventaja. Había ganado á un sacerdote católico, prometiéndole la mitra de Waterford para que predicase en Saint-James contra la ley de colonización, vigente en Irlanda; y aunque el sermón causó gran disgusto á los Ingleses que formaban parte del auditorio, no dejó de producir su efecto. La lucha que por algún tiempo había sostenido el patriotismo contra la superstición en la mente del Rey, había terminado. «*Lo que ha de hacerse en Irlanda*, dijo Jacobo, *ningún Inglés puede llevarlo á cabo* (1).

Por fin desaparecieron todos los obstáculos, y en febrero de 1687 Tyrconnel empezó á gobernar su país natal con poder y sueldo de lord Lugarteniente, si bien con el título más humilde de lord Diputado.

## LXXIV.

## DESALIENTO DE LOS COLONOS INGLESES EN IRLANDA.

A su llegada cundió el desaliento entre toda la población inglesa. Acompañaron á Clarendon ó le si-

(1) Hállase la mejor descripción de estos sucesos en el MS. de Sheridan.

guieron inmediatamente, allende el canal de San Jorge, gran parte de los habitantes de más cuenta de Dublín, caballeros, comerciantes y artífices. Dijose que habían emigrado en pocos días mil quinientas familias, y el pánico estaba plenamente justificado. Llevábase rápidamente á cabo la obra de poner los colonos á los pies de los indígenas, y al poco tiempo casi todos los consejeros privados, jueces, sheriffs mayores, aldermen y justicias de paz eran Celtas y católicos. Parecía que pronto sería ocasión oportuna para hacer las elecciones generales y que sin gran trabajo se reuniría una Cámara de los Comunes, que derogase la ley de colonización (*settlement*) por cuya virtud se habían legalizado los despojos de los anti-guopropietarios (1). Los que no ha mucho eran señores de la Isla, quejábanse amargamente de ser presa y objeto de burla de sus propios siervos y criados; de que les incendiaban las casas y robaban el ganado con toda impunidad; que los nuevos soldados recorrían el país pillando, saqueando, insultando, atropellando; ya manteaban á un protestante, ya suspendían á otro de los cabellos y le apaleaban; que era inútil invocar la autoridad de la ley; que los jueces, sheriffs, jurados y testigos irlandeses estaban unidos para salvar á sus criminales compatriotas, y que, aun sin ley del Parlamento, todas las propiedades cambiarían pronto de dueño, porque en cuantas cuestiones fueran sometidas á los tribunales mientras durase la administración de Tyrconnel, los indígenas sentenciarían siempre contra los Ingleses (2).

(1) MS. de Sheridan; Oldmixon, *Memorias de Irlanda*; King, *Estado de los protestantes de Irlanda*, en particular el cap. III; *Apología de los protestantes de Irlanda*, 1639.

(2) *Consejos secretos del partido católico en Irlanda*, 1690.



Mientras Clarendon permaneció en Dublín, el sello privado había estado en manos de los comisarios. Sus amigos esperaban que á su regreso á Londres le sería devuelto; pero el Rey y la cábala habían resuelto que la desgracia de los Hydes fuese completa. Lord Arundell de Wardour, católico, fué nombrado canciller privado; Bellasyse, también católico, fué nombrado primer lord del Tesoro, y Dover, otro católico, entró á formar parte del Consejo. El nombramiento de un jugador arruinado para un puesto de tal importancia, bastaría á disgustar al público. El disoluto Etherege, que á la sazón residía en Ratisbona en calidad de Ministro inglés, no pudo menos de manifestar con ironía que esperaba de su antiguo compañero de disipación que guardaría el dinero del Rey mejor que el suyo. A fin de que la Hacienda no se arruinase por la incapacidad é inexperiencia de los católicos, el obsequioso, diligente y reservado Godolphin fué nombrado comisario del Tesoro, sin dejar su puesto de chambelán de la Reina (1).

## LXXV.

## EFECTO DE LA CAIDA DE LOS HYDES.

La caída de los dos hermanos forma época en el reinado de Jacobo II. A partir de aquel momento, á nadie se ocultó que lo que en realidad deseaba el Monarca, no era libertad de conciencia para los miem-

(1) *Gaceta de Londres*, enero 6 y marzo 14, 1686-87; *Evelyn, Diario*, marzo 10. En el Museo Británico se conserva la carta de Etherege á Dover.

bros de su Iglesia, sino libertad de perseguir á los que profesaban distinta creencia. Fingiendo aborrecer el juramento religioso, había impuesto uno que no existía. Consideraba cruel, consideraba monstruoso que súbditos aptos y leales fuesen excluidos de los cargos públicos sin más delito que ser católicos, y, sin embargo, él había separado de su empleo á un Tesorero á quien declaraba apto y leal, solamente por ser protestante. Empezó á correr la voz de que iba á haber una proscripción general, y que todos los funcionarios públicos tendrían que optar entre perder su empleo ó perder su alma (1). ¿Ni quién podía esperar que le respetasen, cuando los Hydes habían caído? Eran cuñados del Rey, tíos y guardianes naturales de sus hijos, sus amigos de la juventud, sus fieles partidarios en la adversidad y en el peligro, sus obsequiosos servidores desde que había subido al trono. Su solo crimen era su religión, y por este crimen habían perdido sus empleos. Llenos de alarma y turbación, los protestantes volvían los ojos á todas partes en busca de ayuda, y muy pronto se fijaron todas las miradas en aquel á quien, rara concurrencia de cualidades personales y circunstancias fortuitas, señalaban como su libertador.

(2) «Pare che gli animi sono inaspriti della voce che corre per il popolo, d'esser cacciato il detto ministro per non essere cattolico perciò tirarsi al estermínio de' protestanti.»—Adda, diciembre 31 (enero 10), 1687.